

# Literatura y crisis de las Humanidades

**Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS**

Consejo Superior de Investigaciones Científicas  
fradrados@airtel.net

## **RESUMEN**

El autor analiza, dentro de la actual situación cultural, la crisis de la Literatura y la crisis de las Humanidades. Ambas crisis están en relación con la boga de lo auditivo y visual (TV, etc.) y de la informática, y con el descenso cultural en la enseñanza. Pero una crisis puede también abrir un mundo nuevo que deje hueco a la creatividad, la inteligencia y la lectura y en el cual la Literatura y el Humanismo convivan de un modo u otro con los nuevos medios de comunicación.

**Palabras clave:** humanismo, informática, lectura, literatura, televisión.

## **ABSTRACT**

The author analyses the crisis of literary and humanity studies from the point of view of the current cultural state. Both crises are seen in relation to the role of new audiovisual media (TV etc.) and that of computer sciences together with the cultural decline in teaching. But this type of crises can also open doors to a new world that would enable us to improve creativity, intelligence and literacy, so as to allow Literature and Humanism to coexist in one or another way with the new mass media means of communication.

**Key words:** Humanism, computer science, literature, reading, television.

## **1. ¿QUÉ ES CRISIS? ¿QUÉ ES LITERATURA?**

Mi título engloba la literatura dentro de las Humanidades e introduce a estas en la crisis de nuestro tiempo. En todos los tiempos ha habido crisis, momentos de duda y, también, de creación: en el paso de la cultura de Grecia a Roma, en el

comienzo de la Edad Media, en el Renacimiento, en tantos momentos más. No se sabrá, hasta el final, si esta de ahora va a ser tan radical, qué va a destruir, qué va a crear de nuevo. Pero no hay duda de que afecta muy especialmente a lo que llamamos literatura y a lo que llamamos humanidades. Pero yo englobaría todo esto, yendo más allá, con la crisis de la que llamamos cultura y la que llamamos educación.

Querría, de una manera aproximativa, sin duda discutible, reflexionar sobre todo esto, en contexto con el tema de la comunicación de las ideas y el de las novedades en algo que, hasta el presente, ha estado centrado en la Literatura y el Humanismo. Conceptos muy amplios que rebasan las culturas de cada país.

No hay que olvidar que una crisis es también, muchas veces, el pórtico de una salida. No es esta, en la historia, la primera crisis cultural, ya lo he dicho. De ellas siempre ha salido algo nuevo que, por lo demás, no renegaba de lo antiguo. Esperemos que también ahora sea así.

Pero quizá sea conveniente comenzar por el comienzo. Por esa difícil pregunta ¿qué es Literatura?

Hablo de Literatura en el sentido más amplio, que incluye todo lo relativo al pensamiento y hasta a la Ciencia. Está etimológicamente unida a la palabra *littera*, 'letra', pero no hay que olvidar que, antes de la letra, existió la "literatura oral", valga la contradicción.

Una literatura sin letras, en suma. No solamente entre los antiguos griegos y otros varios pueblos antiguos. También en el caso de la literatura popular española a partir de la Edad Media y en las canciones de nuestros cantautores de hoy. Y en el caso de tantas literaturas populares en pueblos de África y de América, entre otros. Las conocemos muy parcialmente gracias a los que ponían por escrito el mito y la poesía de estos pueblos.

Más aún: en la literatura oral la palabra hablada no lo era y no lo es todo, era y es parte de un complejo que incluía el canto, la música y la danza. Y, en el teatro, la "mímesis" y la acción. Y debía esta literatura ejecutarse en determinados contextos religiosos o festivos. Es un fenómeno colectivo, social, sólo poco a poco llegaron la prosa y el individualismo.

De todas maneras, cuando decimos "literatura" nos entendemos. Hay ciertas obras, orales o escritas, de diversas culturas, que todos consideramos automáticamente Literatura: el *Gilgamés* mesopotámico o el *Popol Vuh* maya, por ejemplo. O los mitos polinesios o los cuentos chinos.

Hay, pues, un centro o núcleo del concepto de Literatura y hay zonas marginales, cuando se crean especializaciones. Y hay una coherencia, una concordancia en ese centro. Sobre él es sobre el que, fundamentalmente, voy a hablar. En todo caso, la literatura es el lugar en que se despliega la palabra, se amplía su significado, se proyecta con su fuerza casi mágica sobre el pueblo todo. Las palabras nos unen a unos con otros, nos unen con Dios, nos unen con el pasado. A eso de que una imagen vale más que mil palabras puede contestarse que, a veces, una palabra vale más que mil imágenes.

Con todo lo imprecisas y lábiles que son a veces, hasta engañosas y traicioneras, las palabras son lo que tenemos, y espero que sigamos teniendo, para construir una visión de lo humano. Y para entendernos, en la medida en que podemos entendernos. Porque las palabras viven en el mundo y el mundo es complicado, altera su sentido para unos u otros, las utiliza al servicio de varias causas.

Ahora bien, en la obra literaria las palabras se organizan en asociaciones o universos formales, sin ello una obra no es literatura, proclamaron con razón los formalistas rusos. Pero exageraron, la literatura no es sólo forma. Para que un suceso o un sentimiento se transforme en Literatura, sea, por ejemplo, una tragedia, hace falta que su relato o representación vaya acompañado de una reflexión profunda sobre su sentido último dentro de una vida humana o de la vida humana en general. El contenido es importante. De algo aparentemente trivial puede obtenerse una profunda filosofía. Y si esto se expone en una forma adecuada, ya tenemos una obra literaria.

El *Agamenón* no es sino una serie de crímenes familiares, el *Quijote* las aventuras de un loco. Pero, transformados estos temas en Literatura son algo más, algo significativo para toda la Humanidad.

Yo diría que para que algo sea una obra literaria debe unir un contenido especial marginal, desviado, con una forma desviada también. Un contenido que se aparte de lo mostrenco o cotidiano, por sí mismo o por su interpretación, y una lengua que se aparte de la lengua normal de todos los días.

## 2. LA LITERATURA EN LA HISTORIA

### 2.1. Los griegos y la Literatura

No quiero insistir sobre esto. Me interesa añadir algo importante: desde los griegos, que personalizaron la literatura y firmaban las obras literarias, estas fueron el centro de la educación y de la cultura. Junto con las obras artísticas, puedo añadir, que, también por primera vez, eran firmadas. Y esto ha continuado, a través de sucesivas revoluciones, la más importante la de Gutenberg, que llevó a todos, impresa, la palabra literaria. Es esta situación la que conviene describir un poco más despacio para presentar, a continuación, la situación nuestra en el presente.

Nótese, en Grecia el poeta era un *sophós*, un sabio que ilustraba a la sociedad toda sobre todo lo divino y lo humano, criticaba y proponía ideas. A veces, tal Arquíloco o Solón, participaba en la política de la ciudad. Pero era un ciudadano particular, no un miembro de ningún grupo poderoso, no un predicador de ninguna doctrina extremista o reaccionaria. Igual el filósofo y el historiador: exponían, como hombres libres, hechos que organizaban e interpretaban con ayuda de sus propias ideas, coincidentes o no. No eran un Ramsés II que expusiera sus hazañas ni un dios que dictara sus oráculos. Y se dirigían a todos, aunque algunos vieran restringido su auditorio a grupos especialmente interesados.

### 2.2. Literatura, Humanismo y Sociedad

Y con esto llego al término Humanismo, en el que la Literatura, la antigua y la que ahora se creaba, se hacía solidaria con ideales unidos a la concepción del hombre todo. Sabemos que el término Humanismo y el concepto del mismo surgió en Italia en el siglo XV: Pico della Mirandola, en 1486, en su *Oratio de hominis dignitate*, que se considera como el manifiesto fundador, dijo aquello de que “nada

puede hallarse en el mundo más digno de admiración que el hombre”. Alonso de Cartagena introdujo en España el término.

Pero el término y el ideal del Humanismo vienen de la *humanitas* teorizada por Cicerón, que a su vez procede de la *philanthropía* griega de un Esquilo y un Isócrates. Es decir, se trata del ideal humano, moralista y estético de los griegos, fundamentalmente de la tradición que desciende de Sócrates, con la que confluyeron posiciones cristianas de Justino Mártir, Clemente de Alejandría, Basilio, los dos Gregorios, Agustín, Ambrosio, Jerónimo y Juan Crisóstomo, entre otros. Erasmo y Grotius no encontraban verdadera contradicción entre el Evangelio y la *Humanitas*.

Otros sí encontraron esta contradicción; esta historia es una larga historia. Como también la de la contradicción entre Humanismo renacentista y literatura medieval. Por muchas que sean las diferencias, que los humanistas naturalmente exageraron, esta literatura, la latina de las Universidades y la de las lenguas modernas, a partir una y otra, fundamentalmente, del siglo XIII, manan del mismo antiguo manantial del que luego bebieron los renacientes. En un momento en que el hombre mejoraba sus circunstancias materiales y abría su espíritu a los grandes interrogantes, sólo en ese manantial, aparte del de los Evangelios, podía encontrar ayuda. Así, paso a paso, los antiguos siguieron educando a los hombres. Enseñándoles a sentir y pensar, a descubrirse a sí mismos.

El gran vuelco en nuestra Literaturas, a partir del siglo XIV, fue, pues, en el contexto del influjo de las antiguas Literaturas. Fue una gran revolución: Petrarca se sentía *velut in confinio duorum populorum constitutus*. En España, por ejemplo, la lírica de un Garcilaso y la épica de un Ercilla renovaban los modelos antiguos. La nueva historia era también muy diferente de las viejas crónicas, Zurita o Mariana imitaban a Tito Livio o Tácito; y surgía un teatro que directa o indirectamente recibía inspiraciones de la comedia y tragedia antiguas. Nebrija renovaba a Prisciano, los médicos a Hipócrates y Galeno.

Y es que el Humanismo penetró no solo toda Italia, también toda España, lo favorecían Papas, reyes, príncipes de la Iglesia y grandes señores – aunque no sin problema, en ocasiones, ya he insinuado.

Cualquiera que quiera saber lo que fue el siglo XIV tiene que leer al Arcipreste o a Dante, entre muchos otros, para el XVI tiene que leer el *Lazarillo*, Cervantes y Maquiavelo y Fray Luis, entre tantísimos, luego a Montesquieu, a Voltaire, a Goethe, a Shelley y así podríamos seguir. Sin Balzac y Galdós, por ejemplo, estaríamos a oscuras sobre la Francia y la España del XIX. ¿Y qué decir de Nietzsche, de Rilke, de Eliot, Camus, Anouilh, Brecht, O’Neill, Unamuno, Lorca? La literatura, que era el gran canal de comunicación entre los coetáneos, sigue siéndolo entre el presente y el pasado.

Los escritores, antiguos y modernos al tiempo, seguían siendo reflejo y guía de la sociedad, ésta bebía de ellos. Y ellos vivían del pasado y del presente. Hubo ya grupos, digamos, partidistas entre ellos, como los voceros de la Ilustración o los marxistas. Pero en líneas generales seguía tratándose de pensamiento individual, personal, abierto. Y, al tiempo, de una tradición unitaria de influencias clásicas y de esencial libertad. Nunca hubo una ruptura radical, aunque sí escalones y matices.

### 3. LA DECADENCIA DE LA LITERATURA

#### 3.1. Escritores, lectores, editores

Y esto hasta ayer. Incluso en un país como el nuestro, en que los niveles de estudio de los clásicos en la Enseñanza Media y en la Universidad fueron inferiores al de otros países, en que eran conocidos fundamentalmente por la “Biblioteca Clásica” que dirigía D. Marcelino Menéndez y Pelayo, nos asombra el influjo que ejercieron. Y no solo en un Unamuno o un Ortega, también en escritores como Pérez de Ayala, Palacio Valdés, el propio Baroja, contra lo que pudiera pensarse. Y no quiero dejar de citar a poetas como Lorca, o Cernuda o el grupo de la generación de los cincuenta en Barcelona. Y a prosistas como Torrente y Cela.

En nuestro siglo XIX políticos como Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas escribían teatro, Castelar pronunciaba discursos dignos de Cicerón. En la América española, José Martí, el héroe de la independencia cubana, traducía a Horacio y las Anacreónticas. Y ser escritor o poeta conocido era la mejor tarjeta de presentación en la sociedad más distinguida. ¿Qué ha pasado para que Tierno Galván, un político culto, pudiera decir aquello de que en las Cortes españolas no se podían hacer alusiones literarias, porque nos las entendían? Y no creo que otros países nos lleven ventaja.

Y, entre tanto, los poetas se ven reducidos a ser pequeños grupos marginales dentro de los cuales se leen unos a otros, si se leen, apenas fuera. Publican libritos, bastante repetitivos, subvencionados de un modo u otro y son considerados, como mucho, como un adorno o una rareza social. Y los escritores se dedican a buscar premios literarios –que se conceden, con frecuencia, con criterios nada literarios – o bien unos editores huidizos que solo cultivan el best-seller y marginalidades llamativas que esperan favorezcan la venta. Hay que escribir esas cosas para intentar vender. Y no hay nada más lamentable que verlas, repetidas hasta la náusea, en las casetas de la Feria del Libro.

Y eso los llamados escritores. Otros que también escribimos, dentro del ámbito académico y de la cultura en general, estamos en peor situación todavía. Ha empeorado mucho en unos pocos años. A mí, y supongo que no soy excepción, antes los editores venían a casa a pedirme los libros, hoy esos mismos los rehuyen. Y las editoriales propiamente académicas nos publican, sí, en ocasiones, pero con frecuencia simplemente para almacenar los libros en sus depósitos. Depósitos que a veces vacían inmisericordemente. Como mucho, nuestros libros acaban en las bibliotecas universitarias. En fin, en el aniversario de Ortega hube de ver mis libros, publicados en la editorial que él fundara, en la calle, en el suelo, delante del Corte Inglés de Princesa. Los vendían, creo, a cinco duros. Compré algunos.

Seguimos escribiendo y publicando como podemos, cerrando los ojos a las miserables o inexistentes liquidaciones. Lo hacemos, simplemente, porque se nos ocurre que tenemos cosas que decir y nos gustaría que se conocieran. Pero tenemos que tener cuidado con la extensión (un libro de quinientas páginas roza ya la mala educación), con el título, con los colorines de la portada.

El camino de la difusión de las ideas es, en España, sumamente difícil. Y, para el que escribe en español, el camino es aún más difícil en el extranjero, aunque lo

traduzcan al inglés, salvo, quizá, para ciertos temas estrictamente españoles. Las vías de difusión de las ideas están cada vez más cerradas, salvo que venga un golpe de suerte en conexión con algún premio o alguna circunstancia muy especial. Da, a veces, la impresión de que hay más escritores que lectores interesados.

En fin, los editores dicen que no venden. Será verdad. Pero ¿por qué? ¿Por qué, cuando el analfabetismo ha desaparecido, cuando todo el mundo está en la ESO, cuando se proclaman por ahí laudes de la cultura, que supuestamente nos hará libres y nos dará de comer, la gente no lee? ¿Es que no hay cosas interesantes que leer, yo creo que sí, o es que se ha perdido el hábito? No es como cuando yo veía las extravagantes campañas de alfabetización en Cuba y pensaba que para lo que había que leer, no merecía la pena alfabetizarse.

No, hay cosas que leer: españolas y no españolas, modernas y antiguas; a veces detestables y adocenadas a la moda, también buenas y excelentes. Pero, por lo visto, el público lector disminuye. Y el prestigio y la libertad del escritor decaen, a la larga. Está sometido a demasiadas modas y presiones.

No introduzco otra cosa que unos breves datos. Hace dos meses, en *El País Semanal*, Philip Roth declaraba que “en Estados Unidos, la lectura es un placer en vías de extinción. Los verdaderos lectores se están perdiendo”. ¿Será esto el comienzo del cumplimiento de la profecía de McLuhan de que estamos ante el comienzo del fin de la Galaxia Gutenberg? En 1990 Alvin Kernan, profesor de Princeton, publicó un libro titulado *The Death of Literature*<sup>1</sup>. Los Estados Unidos son, ya se sabe, adelantados en todo. Anticipo que no creo en esa extinción, pero añadiré, todavía, algunas cosas.

En realidad, todo ese futuro (¿inevitable? ¿conjurable?) estaba ya previsto en novelas de ciencia ficción que anunciaban la prohibición de los libros<sup>2</sup>.

### 3.2. La Literatura en el nuevo clima

Con esto está asociada la decadencia de la llamada clase intelectual, tan poderosa antes, a la que dedicó un libro Thomas Molnar: *La muerte del intelectual*<sup>3</sup>. Se refiere no a pensadores independientes, sino a una verdadera clase, un grupo de presión, que ejercía influencia política. La que lanzó, a lo largo y a lo ancho de Europa, las ideas del protestantismo, de la Ilustración, del socialismo, del existencialismo francés. Hoy se refugia en un antiamericanismo banal, estando, como está, muy americanizada. Es repetitiva, banal, poco leída.

Y más allá de los partidos se extiende una especie de proyecto político común, de tipo progresista, que lo tiene todo dicho y escrito, aunque se repite constantemente. Puede haber diferencias de grado y matiz, no otra cosa; y practica la ortodoxia de lo políticamente correcto. No creo que venda mucho o que sea muy leído todo esto. Pero deja poco hueco para el escritor libre, solo precisa de repetidores,

---

<sup>1</sup> Princeton: 1990.

<sup>2</sup> A. Huxley, *Brave new World*, 1932; R. Bradbury, *Fahrenheit 451*, 1953.

<sup>3</sup> Buenos Aires: Universidad 1972 (edición original: *The Decline of the Intellectual*, Cleveland: The World Publishing Company 1961).

como la televisión. El escritor independiente, si ignora los dogmas usuales, es prácticamente silenciado.

Y luego hay otras corrientes que, creyendo atraer al público, pienso que lo echa para atrás, al menos al público inteligente: tanto escrito partidista, tanto enigma y novelaría, tanto absurdo, tanta pseudociencia, y tanta magia. Tanta cosa políticamente correcta, intelectualmente incorrecta. La mala literatura hastía y expulsa a la buena. Tanta traducción de cosas insignificantes que publican, con mentalidad de pueblo colonizado, los mismos editores que rechazan a los que, de entre nosotros, tienen algo que decir.

La novela, tantas veces, por atenerse a lo que supuestamente está de moda y es audaz, manosea temas que no interesan, el cine manosea otros que ahuyentan a los espectadores. Nadie quiere historias sórdidas y nada originales, bien lejos de la grandeza de la tragedia. El cine americano, con su tema del héroe que salva situaciones en que los demás se arrugan, demuestra que esos antiguos temas literarios todavía son válidos. Hay que, tan solo, echarles talento.

Esto, desde dentro. Pero vayamos a la competencia exterior que encuentra el libro. Quizá esta sea parte de la respuesta que puede darse a mi pregunta: que la moneda mala desplaza a la buena. No la admito al ciento por ciento, pienso que una coexistencia pacífica, diríamos, sería en alguna medida posible. Las nuevas olas no barren del todo a las antiguas: la literatura oral ha convivido con la escrita, el teatro con el cine, el periódico con la radio y la televisión, con más o menos dificultades.

## 4. LOS RIVALES DEL LIBRO

### 4.1. *Homo legens, homo audiens, homo visualis*

Pero no puede negarse que la televisión, sobre todo, y luego la radio, el vídeo y la informática son los principales rivales del libro, es cosa conocida. El problema es el de cómo pueden conciliarse.

He de ahorrar tiempo y me refiero en primer término al mundo de la audición y de la visión: en resumen, al mundo de la radio, el vídeo y la televisión. Junto al *homo legens* han surgido, bien se sabe, el *homo audiens*, el *homo videns* y hasta el *homo digitalis*. Presentan, los dos primeros, la comodidad que viene de la pasividad. Leer tratando de comprender es un esfuerzo; en los otros casos, uno se deja penetrar, comprende o no comprende, da lo mismo. Puede cambiar de canal irresponsablemente, huyendo al azar, a ver qué encuentra.

¿Qué encuentra? Es una aventura, por supuesto, aunque una aventura que se puede abandonar en cualquier momento. Normalmente, el que la emprende encuentra un ambiente informal que le evita ponerse, digamos, de etiqueta o encuentra un riesgo que otros corren por él. También bellas imágenes, aunque sea para anunciar un coche. O atractivas mujeres y un mundo en que todo es más blanco y más feliz. O chismes e imágenes de un nuevo inframundo glamoroso. A veces, algo interesante. La imagen domina a la palabra y a la razón. Desde luego, es un universo al que no puede pedírsele exposición de lo complejo o profundidad.

Cuando llegamos a casa cansados, preferimos encender el chisme a leer. Aunque sea para zapear y cerrar luego. ¡Y qué decir de los niños! Y del hábito que se crea.

En suma, por su propia naturaleza la televisión busca niveles populares y bajos –el mínimo denominador común– mientras que la Literatura, hasta popular, los eleva.

La televisión es, así, el gran enemigo de la lectura reposada, del pensamiento más allá de lo inmediato. Con excepciones, claro. Pero nadie expondría en TV la filosofía de Platón o una teoría matemática. Ningún debate profundo es posible: solo unas cuantas banales réplicas que a veces ni siquiera son posibles, de eso soy testigo. ¡Qué alivio, no pensar, quedarnos, aunque sea provisionalmente, con elementalidades! Las creemos o no, esa es otra cosa. Esto, en el mundo de la televisión; muchas veces en el de la radio, que permite, de todas maneras, una mayor amplitud, una mayor racionalidad.

Las cosas son como son: la televisión vale para lo que vale y no vale para lo que no vale. Yo no pertenezco a ese famoso comité de sabios, pero a alguno de ellos le he dicho que su misión es una misión imposible. La televisión es lo que es, sigue su propia *physis*, como la siguió el teatro, según Aristóteles, hasta llegar a su concreción final. Puede haber unos leves arreglos, pero fundamentalmente es un mecanismo para entretener con cosas varias, un verdadero caleidoscopio. Y para, entre imagen e imagen, introducir subrepticamente un producto o una política deseables. *Panem et circenses*. Y hay que contentarse con ella, es uno de los factores inevitables de nuestro mundo. Tiene cosas en que carece de rival, pero también una inmensa masa de cosas prescindibles. Halaga al hombre-masa y pone su mundo ante nuestros ojos, no puede ser de otra manera.

Hemos de vivir en el espacio que nos deja. Y no imitarla en demasía, no convertir el libro en un producto televisivo: portadas de colorines y títulos llamativos, presentación visual, pocas páginas. “Mucho colorín y poco latín”, decía yo de un método de enseñanza, exactamente, del Latín.

Pero la televisión no es sino un símbolo de un estilo de vida, que se impone. De él forman parte los mil espectáculos de mil naturalezas, los mil forums y parques temáticos, los viajes constantes, todo el espectáculo que envuelve a nuestras vidas y que nos aturde, nos deja apenas tiempo para reflexionar. Atrapados en la máquina del vivir, apenas tenemos tiempo para el pensamiento y para la lectura y la creación individuales, que son lo mismo. Y si nos divertimos o creamos, la pendiente fácil es hacerlo sobre esos moldes fáciles.

Vivimos en un paraíso (o, al menos, eso creen nuestros emigrantes) que procuramos no examinar –contra lo que Sócrates proponía– para no ver sus serpientes. La televisión nos ayuda a ello –aunque también nos remueve con imágenes terroríficas, casi siempre lejos, por fortuna. En nuestro mundo se vive bien, pero naufragan las grandes ideas. Tendemos a las respuestas blandas, a esquivar, en lo posible, las responsabilidades. Muchos, al menos.

Y no tenemos, ninguno, tiempo y tememos al futuro. Hay una aceleración insensata. No permitimos que ningún imperativo de lectura o de ciencia o de lo que sea, nos quite un trozo de nuestro presente. Una cierta ideología entre consumista y epicúrea, una cierta anestesia no necesitan demasiada intelectualidad ni demasiada literatura, si no es la que nos halaga. Unas cuantas frases, unos cuantos tópicos, una fustigación primaria de lo que nos estorba, es suficiente.

El trabajo intelectual, el espacio de tiempo para la lectura se convierte, en este ambiente, en una exigencia más. El estudio, lo mismo. En algo indeseado y moles-



to, de lo que se quiere salir lo antes posible. El trabajo y el esfuerzo están despreciados. Divertirse es el lema.

Fatal todo esto para la vida intelectual, que es exigente. Y para la vida cultural. Incluso a niveles administrativos, se ha creado una escisión entre educación y cultura. La educación es un currículo reglamentado: en unos casos, para adquirir conocimientos; en otros, para adquirir un título que puede ser útil. La cultura es la diversión: el cine, el teatro, espectáculos y juegos muy diversos. Todo ello está muy bien, con tal que no se aisle como lo deseable, lo demás como un deber más bien molesto. Con tal de que se mantenga a niveles dignos.

Porque hoy resulta que los hombres de la cultura son los actores de cine y de teatro, no los autores de esas obras y de las demás. ¡Y eran los grandes autores los que ilustraban a la humanidad! Ahora los actores son nuestros Sócrates. Parece que nosotros, los humanistas y escritores, no lo somos. El mundo de la literatura y el humanismo y la Ciencia y la educación en general, parece que quedan alejados de esa cultura de hoy.

En el fondo preferimos, yo al menos, la antigua y lo que de ella subsiste, intentamos salvar. Es el cultivo de la mente, con una metáfora tomada del cultivo del campo. El intentar un conocimiento de lo humano, dentro de un mundo gregario.

Nuestro mundo no es adecuado para el estudio meditado, para la lectura reflexiva, para el desarrollo de individualidades personales. Se crean, por supuesto, porque el hombre es poderoso, ha superado, históricamente, las situaciones más difíciles. De los métodos de enseñanza más detestables y aun de cero pueden salir talentos. Salieron en las épocas más tenebrosas.

Pero ello es cada vez más difícil en un mundo devorado por la televisión y otros medios, por la prisa, por los *gadgets* que inventan cada día, siempre más complicados, por las ideologías primarias. Leer aislado, discurrir aisladamente, cada día es más difícil. Posible, desde luego, pero difícil. Con premios a la lectura no se arregla esto.

Y existe el otro tema que importa, desviándome un poco, al mundo del libro en general: el de la informática, concretamente, el de los ordenadores y la internet.

## 4.2. Literatura y *homo informaticus*

Nos atraen. En este mundo invertimos el esfuerzo intelectual que ahorramos en otros lugares: lo empleamos en una especie de juego. Nos ponemos muy contentos si logramos encontrar respuestas a nuestras preguntas sobre temas concretos. Si tenemos el entrenamiento suficiente, encontramos los datos más deprisa que en el libro.

Pero, en realidad, la informática en general e internet en particular son armas de doble filo. Son ayuda preciosa a la hora de escribir y a la de buscar datos. Es más, para algunos están a punto de sustituir o suplir al libro físicamente, digitalizándolo. Hay ya las bibliotecas virtuales, hay los libros en CD-ROM. Hay, en América, bibliotecas que destruyen sus engorrosos libros, sustituyéndolos por versiones digitalizadas.

Esto no es acabar con los libros, incluso ayuda a difundirlos, pero es alejarlos de nuestras manos. Se los hace más manejables en cuanto a la búsqueda de citas, menos en cuando a la apasionada exploración con la mano y con el ojo. De un amigo bello

—la bella tipografía se está perdiendo— pasamos a una imagen casi fantasmática en una pantalla. Un todo igual, cual un mar en el que, fatigados, naufragamos.

### 4.3. Libro y bibliotecas

Otro enemigo del libro está en la masificación de las bibliotecas y su consiguiente tecnologización, que hace exasperante su manejo. Es la última moda, están de acuerdo gobernantes, políticos, autoridades académicas. Han declarado la guerra a las pequeñas y no tan pequeñas biblioteca especializadas, herederas de los Seminarios alemanes, en las que hacíamos y hacemos todavía nuestra modesta ciencia. Este es un riesgo muy grave: esas grandes bibliotecas nos ahuyentan, tienen fondos enormes, pero son difícilmente manejables para trabajos que exigen, quizá, libros y libros al alcance de la mano. Muchos estudiosos acaban trabajando recogiendo bibliografías (es moda citar libros y libros) y con datos que escarban en internet. En realidad, con muy pocos libros. A veces prestados o, simplemente, robados.

Pero es difícil luchar contra esto. Cuando me opuse públicamente a un proyecto de unificación de bibliotecas para los Centros de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desencadené sin pretenderlo una pequeña tormenta. Pusieron en internet una página para contestarme, en la que me acusaban de elitismo, de mandarín y de querer pequeñas bibliotecas para los amiguetes. Vaya por Dios, lo único que yo pretendo es poder trabajar cómodamente.

Así son las cosas. Los que quieren ayudar al libro, a veces, sin quererlo, nos crean problemas.

Pero también nuestras bibliotecas particulares, en las que nos refugiábamos, están en crisis. Los libros son caros, los sueldos cortos, el espacio reducido. Algunos los conservamos, son nuestra delicia. Pero somos excepciones privilegiadas.

## 5. LITERATURA, HUMANISMO Y ENSEÑANZA

### 5.1. Enseñanza secundaria

Pero quiero ahora presentar otro tema, que es de raíz, interno y no externo. El tema de la educación y la enseñanza: la enseñanza, que debería formar a nuestro público lector y a nuestros escritores.

Veamos algunos de los hechos. En nuestra enseñanza hallaremos algunas de las consecuencias y, al tiempo, algunas fuentes de los problemas de la literatura y del Humanismo de que estoy hablando.

Tenemos una enseñanza que apenas forma, muchas veces, para la lectura ni para el conocimiento. La lectura es algo difícil, exige colaboración con el autor. Advierto, tan solo, que los vicios que en la educación española yo pueda criticar son, en realidad, universales, en medida mayor o menor. Si hablo de España, es porque es lo que mejor conozco.

Ya se sabe que el declive de la educación española comenzó con la Ley General de Educación de 1970. Tenía la loable intención de extender la enseñanza media al mayor número posible de españoles. Esto, ciertamente, se ha logrado. Pero lo que parece que

habría sido lógico, el acceso del mayor número posible de españoles al conocimiento y, por supuesto, al mundo de la literatura, del Humanismo y de la Ciencia, no se ha logrado. Y esto es lamentable, porque en España había una enseñanza eficiente, que daba una verdadera formación. Habría habido que generalizarla, no que diluirla.

Los tópicos pedagógicos que ensalzan lo lúdico y, en realidad, promueven el rebajamiento de los niveles, la pérdida de autonomía del profesor, la entrada de materias ajenas, el ataque a las Humanidades y a las Ciencias, han acabado con ella. Se salva, tan solo, lo que puede salvarse. Y los niveles en la capacidad de lectura, de escritura, de conocimientos humanísticos, son más bajos que nunca. Desde luego, por poner un ejemplo, centrar el conocimiento del español en gramatiquerías varias, fonéticas y otras, ha sido un error.

Vds. saben, sin duda, que durante muchísimos años he luchado durísimamente en este frente. He publicado mis recuerdos en un libro<sup>4</sup>. Y no voy a recordar el detalle.

Pero sí he de decir que, contando con ayudas inestimables, conseguí durante el primer mandato del PSOE que las cosas no fueran tan detestables como en principio amenazaban serlo. Y que, durante los dos mandatos del Partido Popular, intenté que llegara a ser cierto su programa inicial de reconstruir un verdadero Bachillerato. Al Gobierno y a su Presidente les pedí que crearan ese verdadero Bachillerato en lo que a Humanidades se refiere. Sin éxito. Algo se avanzó, de todas maneras, con varias reformas parciales.

Y ahora veo que la nueva propuesta del Gobierno de una reforma que sustituya a la LOCE no va a sacarnos de esta situación. Dios quiera que yo me equivoque, hemos de hacer todo lo posible porque ello sea así, he actuado ya en esa dirección, sin duda lo harán otros. Pero el texto de las “propuestas de debate” del Gobierno, que han adelantado resumidas los periódicos y que Vds. pueden ver en internet, son nada menos que 167 páginas, no me satisface en absoluto.

Es un largo conglomerado de cháchara pedagógica en torno a mil temas marginales, pero sin entrar en el currículo central que han de cursar los alumnos. Recorte de materias en un Bachillerato ya mínimo, nuevas Marías, infinitas menciones de la flexibilidad y de la libertad de los alumnos y las instituciones, referencia a alumnos especiales, adaptaciones curriculares, etc. De las materias serias y los alumnos normales, es decir, del núcleo de la enseñanza, ni una palabra. Me temo que lo poco que se había ganado en la ESO, se va a perder, si Dios no lo remedia. Sería pérdida para todos. Y ni siquiera son mencionadas la lengua y literatura española, déjenme emplear esta palabra.

¿Cuándo podremos, en España y en el mundo, volver a un Bachillerato serio? Esta sí que sería la solución.

## **5.2. La Universidades**

Y tampoco es favorable el panorama en nuestras Universidades. El mayor problema es el que en estos momentos se nos plantea, con las nuevas reformas anunciadas para poner en práctica la Declaración de Bolonia. Fue un proyecto del anterior Gobierno, pero que sigue adelante (en líneas generales, ignoro los detalles) con el nuevo.

---

<sup>4</sup> *Defendiendo la enseñanza de los clásicos. Casi unas memorias*. Madrid: Ediciones Clásicas 2003.

Se habla, en primer término, de reducir la duración de los estudios: se barajan tres y cuatro años, esperamos que para las Filologías se adopte la versión de cuatro, la de tres sería suicida porque se trata, simplemente, de materias difíciles. Y, luego, hay una reacción muy comprensible contra la enorme atomización que padecemos, que ha conseguido, entre otras cosas, que en numerosos puntos de nuestra geografía falten alumnos para tantas Facultades de Filología. Pero una nueva unificación que se propone, con poquísimas materias comunes (sin duda de tipo general) y una pléyade de materias en plan de práctica igualdad, nos perjudicaría. No somos iguales.

En una reunión de los decanos de Filología, organizada por la ANECA en la Universidad Autónoma de Madrid el 3 de Noviembre de 2003, en el discurso inaugural, que se me encargó, sostuve que hay agrupaciones de lenguas y culturas que hay que respetar. El estudio de las lenguas en torno a las cuales ha nacido y gira nuestra cultura, y que están unidas a la literatura, la historia, el arte y el pensamiento, es la clave para la continuidad de la cultura española. Y de toda la cultura en todas partes. Es un tema que no se puede tratar en términos puramente económicos. Hay que racionalizarlo, no organizar a lo loco mil especializaciones en todas partes, pero tampoco reducirlo todo a una mínima cosa elemental.

En estas estamos, no sé cómo continuará, aunque en este momento las perspectivas son mejores: al menos, parece que se está de acuerdo en que haya una especialización de Español y otra de Filología Clásica<sup>5</sup>.

El problema es difícil porque, a partir de un cierto momento de la vida de los hombres, una diversificación se impone. El tiempo es limitado y el cultivo de las Ciencias y las técnicas requiere una atención máxima. Esto es algo propio de la Universidad, aunque sigue siendo un tema de esencial interés el de llevar, en la medida que sea y por las vías que sean, el conocimiento de las Humanidades a los estudiosos de otras especialidades. Pero para ello es precisa una formación previa en Humanidades, no disgregar y minimizar lo que tenemos. Que es mucho, pese a todo.

Otras cosas podría añadir. Pero, ante una Sociedad de Literatura General y Comparada, me parece lógico que yo sostenga que se mantenga la unidad entre las Literaturas, antiguas y modernas que mayor relación han tenido entre sí.

A menos, es lo que yo pienso, permítanme decirlo.

### 5.3. Otros espacios para la Literatura

Claro está que la Literatura de que habla el título de esta conferencia, así como la cultura humanística en general, no deben reducirse a los límites de los centros de enseñanza. Son importantes para que las nuevas generaciones incorporen a su vida nuestros antiguos saberes, se sientan empujadas, en ocasiones, a cargar sobre sus hombros esa labor creativa que es indispensable.

Pero, junto a la enseñanza, hay el mundo de las reuniones y las conferencias, el mundo de los libros, el mundo del teatro. Sobre todo esto podría hablarse largamente. Pienso que todos estos mundos, unidos más que a la creación, al estudio, y en

---

<sup>5</sup> En el último momento, cuando corrijo las pruebas parece que va a darse libertad práctica a las Diversidades. Yo habría preferido un guión general y humanista.

manos mayoritariamente de personas que llegaron al mundo cultural en momentos más favorables, caminan con marcha, en líneas generales, favorable. Aunque mucho podría decirse, por ejemplo, del teatro: mucho más podría hacerse por él.

## 6. EL FUTURO DE LA LITERATURA

Pero vuelvo al mundo de la creación literaria y al mundo de la lectura, por los que he empezado esta conferencia. Vuelvo al momento en que expresaba las opiniones de quienes hablaban de la muerte de la Literatura. ¿En qué medida es esto real? Porque hay muertes anunciadas que no se han cumplido. Y he hecho ver que no todas la crisis se resuelven de manera fatal: Hipócrates, que es quien puso de moda el término, señalaba siempre las dos posibilidades. Y que, con frecuencia, una crisis no es sino un momento seguido por otro momento de renovación. Siempre que haya creatividad para hacer surgir algo nuevo.

Y que, históricamente, los nuevos productos culturales que llegan arrasando conviven, luego, en definitiva, con los anteriores. En un artículo de nuestro Presidente Darío Villanueva en *Saber Leer*<sup>6</sup>, una revista cuya sumaria suspensión fue un día triste para nuestras Letras, se presentan precisamente ideas semejantes con motivo de un comentario de un libro de James O'Donnell. Hace ver el autor que el libro no eliminó la oralidad. Y que no han resultado verdad ni la muerte de Dios, de Nietzsche, ni la de la Historia, de Fukuyama, ni la del pasado, de Plum. Con la muerte de la Literatura, según Kernan y otros, puede suceder lo mismo.

Los viejos productos no sustituyen radicalmente a los nuevos, ya lo dije. El cine no mató al teatro ni es de creer que la televisión o la electrónica acaben con el libro. Tienen sobre él ventajas innegables, pero también deficiencias y unilateralidades. No es comparable el libro que acariciamos y nos acompaña a una imagen en la pantalla, que nos deslumbra y tiene mil limitaciones, insisto. ¿Y qué decir de la televisión? Podemos, con su ayuda, sí, atravesar en un momento el tiempo y el espacio, pero su naturaleza misma la hace incapaz de ser un instrumento de reflexión y goce intelectual.

La imagen tiene ventajas, pero también deficiencias. Ciertamente a veces nos despeñamos en palabras vanas. Pero las imágenes, con frecuencia, nos dicen poco. Pasan pronto. Se relacionan entre sí de un modo casual, caleidoscópico: tendemos a considerarlas como parte de un todo sin relación con el espacio ni el tiempo. Unidas a la palabra, la ilustran; por sí solas son, muchas veces, insuficientes.

No es mala en sí la imagen, que acompañó a la palabra ya en las antiguas culturas, es su abuso el que es malo.

Entonces, la televisión, de por sí, no puede sustituir al libro. Ejerce una atracción, a veces irresistible, pero tiene un tirón que con frecuencia es anticultural, lúdico, evasivo, abrumador, deformante. El daño está en usarla sin criterio, en dejarse arrastrar por ella. En suma: el problema está, fundamentalmente, en las personas. En el descenso de los niveles culturales, de los niveles de sensibilidad. A lo cual, por lo demás, contribuye la televisión, al tiempo que, a veces, da la sorpresa de elevarlos.

---

<sup>6</sup> «La muerte de las letras», *Saber Leer* 51 (2002).

Evidentemente, el papel de la Literatura en nuestro mundo y en el que vendrá, se reducirá: la masificación de la cultura ha sido de doble efecto. Impartida cicateamente, sin profundidad, y acompañada de los nuevos ambientes y los nuevos medios de comunicación de masas, se encuentra en una situación que no la favorece. Pero, pienso, este ambiente que la envuelve tampoco es capaz de eliminarla mientras los hombres sean hombres.

Solamente, es triste la ocasión perdida: el no haber sido capaces de aunar número y calidad en la enseñanza. Y, en consecuencia, ese ambiente de mediocridad, de huida de todo pensamiento, de practicismo romo, que domina. Quizá no es tan nuevo, podemos decir para consolarnos.

Por otra parte, el ser actual de la literatura, en el más amplio sentido de la palabra, debería reconsiderarse. Yo no vacilaría en decir que, si de una parte sufre un acoso que he tratado de describir, de otro lado ha, quizá, abusado de determinadas circunstancias.

Demasiados libros, diría yo resumiendo, demasiadas revistas, demasiados periódicos. Es un mundo repetitivo que nos abruma. Trata de salir al mercado con recursos poco literarios. Infinitas novelas que repiten más o menos iguales tópicos, que ya nos aburren, demasiados periódicos que dicen lo mismo tiñéndolo de sutiles o no sutiles prejuicios, demasiadas revistas científicas banales. Demasiados tontos best-sellers con las mismas fórmulas. Yo estoy cansado de comprar libros que luego hojeo y no leo.

No creo que esta situación sea favorable para la Literatura. El público se desorienta.

¿Y qué decir de la literatura científica? Imperativos administrativos obligan a infinitas tesis y a infinitos trabajos para hacer currículo. El currículo vital, que decía una secretaria bastante inculca de un Departamento que conozco. Y tan vital. Y luego, cuando un tema se pone de moda, caen todos sobre él como lobos, repiten y repiten. Los repertorios bibliográficos crecen desaforadamente. Creo que todo esto, al final, no es favorable para la Ciencia. Yo a esos que repiten incansablemente lo de “fulano dice ... mengano dice ...”, les pregunto: “¿y tú qué dices?”

Este es un complejo panorama y yo, francamente, no tengo fórmulas. O quizá hemos fracasado nosotros, no hemos podido con el ambiente. Pienso que, en definitiva, la raíz de todo está en una cultura de masas que no digiere la cultura tradicional: literaria, histórica, de pensamiento, si no va adobada con adobos innecesarios. Y en la confusión que crea la multiplicidad de la oferta: dentro de la Literatura y en el campo de sus competidores. Y en el cansancio de un público a veces no preparado y, en todo caso, desorientado, deseoso de algún divertimento de acceso rápido y que exija el mínimo esfuerzo.

Así, hay crisis y no crisis. La hay, pero tenemos más poetas, más escritores, también de temas de Humanidades, que nunca. Más alumnos en los Centros, más libros en las Bibliotecas, que nunca. Y más factores problemáticos que nunca, también.

No tenemos tantos grandes creadores como en otros tiempos, esta es la verdad. Ni en la Literatura ni en las Ciencias humanas. Pero resistimos, seguimos adelante. Al menos, aunque estemos en crisis, todavía podemos hacer discursos como este sobre la crisis de la Literatura y de las Humanidades.